

editorial

La piedra angular de la política

El discurso del Presidente del Banco Central, Cr. Ricardo Pascale, sobre el que informamos en nuestra última edición, contuvo importantes definiciones de política, incluyendo la enunciación de un conjunto de metas que las autoridades se proponen alcanzar, pero también la expresión de los principios que rigen la estrategia oficial en la esfera coyuntural o de corto plazo.

En una parte conceptualmente central de su exposición, el Presidente Pascale dijo: "La piedra angular del ajuste económico-financiero que se está llevando a cabo desde 1985 consiste en reducir el desequilibrio fiscal, como medio de recomponer el equilibrio externo y propender a una reducción del ritmo inflacionario".

La teoría económica en que semejante estrategia se inspira es clara. El país tiene una capacidad de financiamiento de sus déficit públicos con recursos genuinos del orden del 2% del PBI. Es decir, unos 150 millones de dólares. Más allá debe emitir para solventarlos. Cuanto mayor la emisión, mayor también la inflación. Al mismo tiempo, como el déficit supone un gasto del gobierno sin restringir previamente con impuestos la demanda de los agentes privados, implica mayor absorción de bienes y servicios, dada una determinada producción, y por consiguiente un déficit de balanza de pagos en cuenta corriente. Cuanto mayor el déficit, mayor asimismo el desbalance de la cuenta corriente externa. Si el agravamiento de la inflación y del excedente de importaciones hace a los agentes privados esperar una depreciación acelerada de la moneda nacional, se inclinarán por sacar su dinero del país, provocando así también un déficit de balanza de pagos en cuenta de capital. En tales circunstancias, la previsión de una depreciación monetaria acelerada puede convertirse en una profecía autorrealizable. Si el precio de los dólares aumenta abruptamente, también lo hará la cuenta de intereses del sector público, y consiguientemente el déficit. Lo que agrava la inflación y el desequilibrio externo, depreciando más la moneda, y así sucesivamente. Ejemplos de esta espiral diabólica los conocemos bien, por experiencia propia y como espectadores de los asuntos económicos de nuestros vecinos.

Es, como decíamos, una teoría clara, pero desgraciadamente no unánimemente aceptada. Cuando oímos fustigar acerbamente la política económica del gobierno, por voceros de las izquierdas, y tacharla de antipopular y antinacional —en tal sentido el reciente ataque del General Seregni se distinguió de muchísimos otros sólo por su mayor repercusión— siempre interpretamos que los críticos se refieren precisamente a este punto. Es natural que los que creen que el déficit del sector público carece de efectos significativos se duelan de que el gobierno cobre tantos impuestos, y aún más de que retace el dinero para tantos gastos socialmente útiles que de hecho no se llevan a cabo. Querían, presumible-

mente, que la autoridad monetaria pusiese su máquina impresora de billetes al servicio de los intereses populares. Y que cuando el FMI nos aconseja usar circunspección en el manejo de ese aparato le conminásemos a no meter sus institucionales narices en nuestros asuntos, e hiciésemos girar alegremente la manivela.

Quienes así ven las cosas pueden encontrar cierta justificación, por más que no científica, al menos ética, en el hecho de que el acuerdo interpartidario que, dentro del inolvidable marco de la CONAPRO, sentó las bases de una política económica de consenso en el umbral de la restauración democrática, parecía abrazar la misma concepción. Lo que allí se convino fue que el gasto público no se reduciría y, puesto que los gobiernos cuando prometen reducir el gasto por regla general lo aumentan, de un gobierno que llegaba al poder en el contexto de múltiples pretensiones populares insatisfechas, y encima con el compromiso de no gastar menos que antes, ¿qué se podía esperar?

Por cierto, no el grado de disciplina fiscal y monetaria que ha exhibido la Administración Sanguinetti. Por cierto, no un Presidente del Banco Central que afirma que la piedra angular de la política ha sido y debe seguir siendo la reducción del déficit público. A nosotros todo esto nos ha sorprendido muy favorablemente; pero no dejamos de comprender que la sorpresa de otros haya podido tener un signo opuesto. Quienes, como recientemente el General Seregni, tachan de antipopular, y antinacional la política económica actual ganarían en concreción y credibilidad si lo hicieran blandiendo los acuerdos contrarios.

En todo caso, lo que parece indudable es que el consenso ha muerto. Y que le ha sucedido una cierta división, que es algo tanto más característico de la vida democrática. En efecto, el consenso estable parece ser una exclusividad de los totalitarismos.

Y esa división, que no ha de ser ajena al discurso político del tiempo preelectoral que se avecina, ¿cuál es la línea que la delimita? Nosotros pensamos que ella no es ajena a la idea de que el déficit público es importante, y su eliminación un objetivo benemérito, de gran beneficio para los intereses populares y nacionales. Quienes concuerden con esta idea estarán de un lado de la línea, quienes discrepen del otro.

Ello, como es obvio, no excluye matices más o menos acusados de diferencia en una y otra vertiente. Nosotros, por ejemplo, que no podemos estar más de acuerdo con que el inapreciable edificio de la estabilidad monetaria solo puede erigirse sobre la piedra angular que definió el Presidente Pascale, vemos con pesar lo que nos parece una prosecución renuente y tibia de las metas respectivas por la actual Administración, que por otra parte opta por mantenernos a los ciudadanos, respecto del progreso que va alcanzando, en algo muy parecido a la total oscuridad.

No podemos dejar de reconocer que las autoridades tienen los resultados a su favor, y que si ha conseguido un amortiguamiento consistente de la inflación desde que asumió funciones, merece cierto crédito cuando asegura que ha reducido, y continuará reduciendo, el desequilibrio fiscal y parafiscal. Pero para nosotros no es bastante. Si se nos dice, como hizo el Presidente del BCU, que el déficit global del sector público fue de 4,1 puntos porcentuales del PBI, y no se nos da al respecto detalle alguno, nosotros nos sentimos inclinados a protestar vivamente. Nuestros cálculos —a cuya facción razones de simple dignidad no nos dejarían renunciar, aunque la credibilidad de las fuentes oficiales fuera aún mejor de lo que es— apuntan hacia un mínimo de 5% del PBI, por más que a propósito de los recursos monetarios usados como método de financiación no tengamos diferencias. Y no pensamos que sea nuestro deber preferir cálculos esotéricos de la Administración por razones de autoridad. Más bien creemos que nuestro deber opera en sentido opuesto.

Con respecto al año en curso, el Cr. Pascale anunció una meta para el déficit global de 3,7 puntos del PBI, en lo que concierne a recursos ordinarios. Es la meta más baja que esta Administración se haya fijado y si realmente ha alcanzado las más ambiciosas que se había propuesto antes, no comprendemos el súbito acceso de parsimonia. Pues bien, aun de ese módico descenso de 0,4% programado, el Presidente del BCU nos dejó a oscuras en cuanto a los métodos que lo allegarán. El gobierno argentino acaba de anunciar 57 medidas para reducir el déficit. No nos olvidamos de que su situación es más grave que la nuestra; pero de 57 a cero hay una distancia excesiva. Luego el Cr. Pascale anunció que las operaciones **debt-to-debt** reducirían el déficit en medio punto más —unos 35 millones de dólares— y al respecto, tanto en lo cuantitativo como en lo conceptual, debemos confesar nuestra perplejidad.

Si la reducción sostenida del déficit público es la piedra angular de la política, uno tendría que esperar de un gobierno que precisamente es el que sienta la premisa, más información sobre esa materia. Hablando al cabo de un cuatrimestre de gestión en 1988, uno habría esperado que el Presidente del Banco Central nos dijera algo sobre la marcha del déficit agregado en el año en curso. Quizá ello podría explicar la notoria discrepancia entre la meta que él anunció sobre inflación y los resultados respectivos en el primer tercio del año.

Claro que todo esto no es más que una larga digresión. Sobre el punto central, si la reducción del déficit —¿por qué no **eliminación**?— debe ser o no la piedra angular de la política, confiamos en que no quedarán dudas en cuanto a la vertiente de opinión en que nosotros nos situamos.